

llos, a comunicarse las noticias traídas por los viajeros. Las arcadas y patios de la casa comunal son, en fin, el periódico de la época. Otra de las sorpresas del foráneo. Las gentes de la ciudad apenas tienen vida privada.

El Trabajo.—La palabra trabajo no tiene el mismo sentido en el lenguaje de la Iglesia y en el de la burguesía. La Iglesia no puede expresar con su lenguaje aquello en que piensa el burgués, el habitante de la ciudad, cuando habla de su trabajo.

El trabajo, en el lenguaje de la Iglesia, es la pena del pecado. Es una expiación impuesta al pecador. Los predicadores, por ejemplo Savonarola, se lo hacen constantemente presente a los fieles. Pero cuanto más se desarrolla el espíritu burgués tanto menos parece responder este modo de concebir las cosas a la índole peculiar del hombre moderno que despliega una actividad laboral. La ciudad altera, pues, de raíz la concepción del valor del trabajo como tal. La posición de la Iglesia se caracteriza por un cierto pesimismo del trabajo, que se hace patente tan pronto como se trata de valorar la actividad laboral por sus motivos y resultados. Se está condenado al trabajo, y esto determina el sentido que cabe atribuirle. En el fondo respondería mucho más a la naturaleza humana el que el hombre no tuviese que trabajar; el trabajo se cuenta como expiación del pecado porque el hombre trabaja a desgana. "El trabajo corporal e intelectual es la universal expiación impuesta en la persona de Adán al género humano entero."

En la ciudad tiene lugar un cambio de valoración del trabajo que es de fundamental importancia para el desarrollo de una autónoma concepción burguesa del universo y de la vida. Concepción nacida entre las murallas de la ciudad moderna. El hombre no trabaja en vano, sino para sí y para su familia. El hombre quiere y debe trabajar. Vida sin trabajo no es vida. La actividad laboral es el principio de toda vida. El trabajo es la fuente de todas las alegrías. El hombre que habla así no es ya el mismo que se preguntaba por qué en la Tierra hay que trabajar y sólo veía la respuesta a su pregunta en la creencia de una culpa con que los hombres habían cargado y que expían como condenados en la tierra. El hombre que habla así afirma este mundo tal como es, con todas sus fatigas y los frutos que dispensa a los que son inteligentes y enérgicos. Y no anhela ningún otro mundo.

La existencia de una burguesía que trabaja y tiene éxito está realmente en contradicción con las doctrinas sociales de la Iglesia de la época. El hombre no estaba en su natural de criatura destinado al trabajo. La culpa es suya por su pecado original, la necesidad de trabajar, de carácter expiatorio. Así, pues, lo que la Iglesia hace resaltar y aprecia ante todo en el trabajo es el lado negativo:

el esfuerzo, la monotonía, la fatiga. El trabajo no se justifica por su fin. El para qué se trabaja no es lo decisivo, sino el *por qué* se trabaja, el por qué se tiene que trabajar. El burgués sabe todo esto, lo ha aprendido o lo ha oído, pero él quiere conseguir algo por sus propias fuerzas.

En la visión burguesa del mundo y de la vida cobra el trabajo un valor nuevo. Se convierte en algo positivo y lleno de sentido. Sabe por qué y para qué trabaja. Su saber no brota ya del catecismo, sino de su experiencia de la vida tal como ésta se desarrolla a base de sus actividades y éxitos. Esta concepción y esta valoración del trabajo son de naturaleza puramente profana. En el trabajo consiste el verdadero significado de la vida, que es el de convertir la naturaleza en cultura. En el resultado del trabajo, en esa conversión, reside el sentido del trabajo, no en la fatiga o esfuerzo, no en que lo que, según la doctrina eclesiástica, lo caracterizan de expiación. El trabajo, en fin, es una finalidad consciente; organiza la vida entera en vista de esa finalidad. Trabajo significa para el burgués resultado y en este concepto de resultado radica el factor que caracteriza ante todo la concepción burguesa del trabajo.

Mas para que pueda haber resultado, es decir, para que el trabajo conduzca a determinados frutos susceptibles de ser fijados en cifras, y el hombre pueda proponerse un determinado fin que perseguir a lo largo de su vida, es menester que se dé ya por supuesto que la vida es calculable en algún modo de antemano y que el hombre sea señor de su destino. Entonces se contará también como mérito propio lo que se haya conseguido por el trabajo. Ahora bien, este supuesto está en contradicción con una de las doctrinas básicas de la visión católica del mundo y de la vida, con la doctrina de la divina providencia y de la dependencia absoluta del hombre respecto de Dios.

El fin de la Ciudad Comunal.—El poder demoníaco del dinero fue el que destruyó a la ciudad comunal. Minó e hizo saltar sus firmes marcos. No hay más que ver la admiración que despierta ese poder del dinero y qué preocupados trae a los moralistas. El hombre vulgar compraba al noble cargado de deudas sus mansiones; los burgueses compraban a los príncipes su nobleza; las ciudades compran tropas mercenarias que ganan batallas por cuenta de quien les paga; los ricos, en fin, creen comprar con limosnas y fundaciones la misma bienaventuranza. A despecho de la lucha de los gremios contra la gran industria, el capital, robustecido en manos de los grandes comerciantes, invadió triunfalmente el campo de los oficios y el proletariado, fatal contrapartida de la riqueza, en una ciudad como la nuestra, de tipo adquisitivo, creció en las ciudades, mientras las propias ciudades absorben a los campesinos y a la nobleza rural, arruinando el cultivo de los campos. De ahí las revoluciones

interiores que se produjeron en las ciudades y los levantamientos de campesinos.

Fuera de las ciudades, entre tanto, se consolidaban los grandes Estados. El mismo fenómeno se produjo en todas partes en los albores de los nuevos tiempos: el poder y el dinero, y con ellos la cultura de las ciudades, afluyó a las cortes principescas y a las capitales de los Estados.

Las primeras formaciones estatales modernas se producen en las ciudades. En ellas surge y se define la comuna, la llamada "cosa pública". Como su nacimiento estaba determinado desde abajo por el impulso autónomo de los burgueses, éstos consideran a las comunas como propias suyas y sienten por ellas un interés que lleva aparejado el anhelo de la propia conservación.

Estas ciudades comunales habían tomado sobre sí buen número de tareas en que nadie había pensado hasta entonces, o que estaban anteriormente encomendadas a la Iglesia o los particulares. Las ordenanzas de los caminos y la regulación de las calles, las escuelas y la asistencia a los pobres, fueron otros tantos asuntos que pasaron a ser de incumbencia social. La misma dilatación de horizontes se operó en el campo de la jurisprudencia, por ejemplo. Delitos que hasta entonces nadie había pensado en castigar, o que estaban reservados a las sanciones de la disciplina eclesiástica, pasaron a ser de competencia de los jueces, al paso que al alcance de la acción jurídica, por otra parte, empezó a depender en menor medida de que el particular ofendido persiguiese o no por su cuenta al ofensor. También en lo referente a los juicios y las penas se introduce la noción del derecho público; ya no se apela en última instancia al *juicio de Dios*. El espíritu práctico y racional del comercio se manifestó palmariamente en este terreno. Incluso se manifestó también en la interpretación del cristianismo. En vez de propender al ascetismo, orientado exclusivamente en provecho del alma propia, o a la especulación mística desasida de lo terreno, los burgueses ven en la fraternidad de los hombres su aspecto más esencial.

La ciudad estaba racionalizando profundamente al hombre. La convivencia se basaba en una serie de virtudes sociales; el individuo no puede prosperar sin cierta honradez, probidad, orden, puntualidad y conciencia; en suma, sin todo aquello que se comprende bajo la noción de honorabilidad y entereza. En los talleres, en el mercado y en las tiendas de los comerciantes, fue donde nuestro semejante de aquella época comenzó a valorar las virtudes de la justicia y a tomarles apego. Los burgueses eran amantes de la verdad pura, sin rodeos. "Reconozco —dice el ecónomo de los *Cuentos de Cantorbéry*— que no soy más que un hombre sencillo, pero honrado. No encuentro diferencia entre una mujer de elevada posición, que se casa por dinero, y una pobre perdida,

cuyos pecados son exactamente los mismos, con la sola diferencia de que si es de noble prosapia, se llama a tal mujer adorada del caballero o dama de sus pensamientos, mientras que si es de baja estofa se le llama zorra o ramera; mas Dios, que está en el cielo sabe, amigo mío, que no es mejor la una que la otra."

En las ciudades empiezan a apuntar ideas de igualdad y teorías comunistas. "Cuando Adán cavaba y Eva hilaba, ¿dónde estaban los nobles?, pregunta el Arcipreste de Hita. La gente humilde florentina declaraba, según nos cuenta Maquiavelo:²⁸ "No queremos dejarnos imponer por la antigüedad de sangre de que los grandes se jactan; todos los hombres tienen el mismo origen, su estirpe es igualmente antigua, la naturaleza los crea a todos de la misma manera." El *Roman de la Rose* sostiene, con anterioridad al año 1300, que la propiedad había sido en principio común a todos los hombres, y que había sido dividida más tarde, nombrándose rey a un individuo determinado para que velase por la propiedad así repartida. Estas teorías de los humildes habían sido también las del Cristianismo en sus albores. Los primitivos cristianos, en un tiempo en que el mundo clásico se disolvía en un individualismo ilimitado, vivían en común. Pero el Catolicismo moderno había olvidado la vieja tradición generadora. En las ciudades tenía más hondo arraigo que en ninguna otra parte el instinto de la posesión, fundamento de la creencia de que lo natural y cristiano era ganar dinero, y que la riqueza *bien lograda* era tan agradable a Dios como la pobreza. La religión acabó por asimilarse el espíritu ciudadano burgués, adquisitivo, proceso que puede seguirse en toda la Europa civilizada desde el siglo XIII. *Frau Geld* (Doña Moneda) empezaba a regir el mundo, se lamentaba un trovador caballeresco. "El bálsamo del dinero —dice— es el único que en nuestros días obra milagros; la gente untada de ese bálsamo es buena para todo."

La historia ulterior de la ciudad nos ofrecería el desarrollo autónomo, virulento, del instinto adquisitivo como principal potencia espiritual. Ese es nuestro tiempo.

Reflexión Final.—La ciudad contemporánea, tal como la vivimos, no es otra cosa que la plenitud de la ciudad en cuya historia hemos hecho tres incisiones: Grecia, Roma, Europa moderna. Tan erróneo sería suponer que la naturaleza humana permanece siempre igual, como suponer que puede moldearse a voluntad y que es infinitamente plástica. Por eso la ciudad contemporánea no es sino la expansión, cuantitativa y cualitativa, de la ciudad que hemos descrito.

²⁸ Maquiavelo, N.: *Las décadas de Tito Livio*; "Biblioteca clásica española".

Que esa ciudad contemporánea está en crisis, se dice, olvidando que siempre lo estuvo. Las crisis sociales se expresan en la forma de contradicciones. Las contradicciones político-económicas no son, a su vez, sino una expresión de las faltas de armonía en la disposición total de la sociedad. Eso lo sabía ya Platón. Pero en la *polis* griega el maestro no había vivido lo que nosotros hemos vivido en la ciudad contemporánea; de resultados de ello, nosotros hemos perdido la fe en el progreso de la razón en la historia; hemos perdido la fe en el poder de la razón en cuanto formadora de lo social. La ciudad contemporánea no nos permite ningún tipo de fe en nada. ¿Qué podemos esperar si el hombre aplica la ciencia para satisfacer impulsos y motivos primitivos? La ciencia, al servicio de lo irracional. El estigma de nuestro tiempo. La prueba terminante del fracaso del hombre.

La desproporcionalidad social de los elementos racionales y morales, que salta a la vista en nuestra ciudad, es la expresión más tajante y aguda de la crisis. Es la crisis, precisamente. Pone de relieve incluso que el espíritu no es garantía del progreso gradual y concatenado de lo racional y lo moral. En la plenitud del presente, enredado en el desarrollo no proporcional de las capacidades humanas, frustrado el hombre por esos enredos, pudiera ser —concluimos— que la fe en la razón fuera un estúpido destino.

Lamentamos haber hecho una excursión tan larga para terminar en una conclusión tan pobre, tan ridícula, tan amarga y tan inevitable.

LA MASA, EL URBANICOLA Y EL INTELLECTUAL

Por Djácir MENEZES *

Grandes Concentraciones Humanas y Cambios en la Convivencia Humana.—Nuevas Formas de Organización Partidaria y Medios de Domesticación de las Masas.—Características de la Masa Ligada al Industrialismo.—Formas de Convivencia Ciudadina Favorables a la Aparición de las Masas.—Las Soluciones que Frente al Problema de la Masa Representan la Democracia, la Actitud Crítica, la Existencia y la Actuación de los Intelectuales.

Grandes Concentraciones Humanas y Cambios en la Convivencia Humana.—Con las grandes concentraciones urbanas, surgen señales de mudanza en los estilos de la convivencia humana. En un principio, fueron las antenas literarias las que captaron, en el campo espiritual, los presagios de la transformación material que se operaba. Nos dieron el *insight* de aquellos procesos, la visión interna y sutil, por vías artísticas, antes que la formulación conceptual y lógica, de elaboración científica. Cito sólo un ejemplo sugestivo: el análisis social de la obra de Balzac muestra el proceso de descomposición del *antiguo régimen* en su plenitud: la psicología del hidalgo decadente, del tiburón de las finanzas que crecen, de la burguesía mercantil en ascenso, de los *nuevos ricos* ambiciosos, de los matrimonios por conveniencia, todos, fenómenos típicos de la clase aristocrática que transigía y le cedía el paso a la nueva capa social del dinero como forma omnipotente y omnipresente de capital. Balzac hizo el inventario de las categorías sociales tomadas a lo vivo, y lo llamó "la comedia humana".

En la fundación del urbanismo moderno, estaban las fuerzas del capital que se concentraba al través de mecanismos económicos, contruidos por la actividad industrial, cuyas técnicas se desenvolvían rápidamente. Electrificación, higienización, edificación, transportes, todos los problemas suscitados en la gran ciudad dependían de ciencias correlacionadas a las que se llamaba a prestar

* El Prof. Djácir Menezes, especializado en sociología y en economía, es catedrático de la Universidad del Brasil. Su trabajo fue traducido del portugués por Gustavo Mario de Luna Méndez.